



Balance de la economía internacional, 1996

Francesc Granell
Director de la Dirección General
de Desarrollo de la Comisión
de la Comunidad Europea.
Catedrático de Organización
Económica Internacional,
Universitat Autònoma de
Barcelona.
Miembro de la Real Academia
de Ciencias Económicas y
Financieras.
Profesor de la Fundació CIDOB.

El balance de países y empresas

De acuerdo con las estimaciones coyunturales más solventes, la economía internacional ha crecido a lo largo de 1996 a un ritmo algo mayor que en 1995 y, si las previsiones actuales se cumplen, podrá crecer en 1997 a un ritmo algo más vivo que en 1996. Esta realidad se acompaña de un ritmo de inflación reducido e inferior al que se había registrado en 1995. En el reverso de la medalla hay que contabilizar el alto y persistente nivel de desempleo que crea una grave preocupación sobre el futuro del Estado del bienestar y un cierto desasosiego respecto a las políticas económicas seguidas por ciertos Gobiernos. Las estimaciones del Fondo Monetario Internacional (FMI) nos dan, para 1996, un ritmo de crecimiento mundial del 3,8% contra el 3,5% de 1995 y a la espera de llegar al 4,1% en 1997; al tiempo que la inflación y el nivel de desempleo promedio de los países industrializados se sitúa, en 1996, respectivamente al 2,3% y al 7,8%. Todas estas cifras globales enmascaran, ciertamente, comportamientos dispares puesto que, mientras las economías de Estados Unidos y de Japón han crecido a un ritmo que se estima satisfactorio (2,4% y 3,5% respectivamente), la Unión Europea (UE) en su conjunto no ha crecido más que un 1,6% y sus grandes países oscilan entre ritmos del 1,1% (Francia) y 2,3% (Reino Unido), habiéndose quedado Alemania en el 1,4%, Italia en el 0,8% y España en el 2,1%. Sólo Irlanda ha salido de esta atonía europea general, confirmándose con el 7,8% como el país europeo de más rápido crecimiento. Este escaso crecimiento de la economía europea tiene, por otra parte, una enorme importancia cara a la futura implantación de la moneda única, el euro, ya que unas economías en crecimiento lento harían más difícil el seguimiento de las políticas fiscales restrictivas que los países europeos deberán seguir para cumplir con el criterio presupuestario establecido por el Tratado de Maastricht. En su informe de noviembre de 1996 la Comisión Europea se muestra, sin embargo, optimista respecto a la evolución de la coyuntura con el paso de un crecimiento del 1,6% en 1996 a otro del 2,3% en 1997 y a otro del 2,8% en 1998, con creación de 2,3 millones de empleos entre 1996 y 1998 y con una reducción del desempleo del 10,9% en 1996 a un 10,8% en 1997. Con estas cifras -que según la Comisión Europea son consecuencia del impacto positivo del ajuste presupuestario, la moderación salarial, el descenso de los tipos de interés y la inflación, unos tipos de cambio estables y un inicio en la reactivación de la demanda externa y el consumo privado- una gran parte de los países comunitarios resultarían

elegibles para la moneda única con sólo asegurar que persisten en sus políticas de lucha contra el déficit público.

Ésta es, quizá, la discusión más aguda que se registra en estos momentos entre los analistas de la previsión económica. En dicha discusión los criterios puramente técnicos relacionados a la futura evolución de la inflación y del déficit público se asocian a las cuestiones políticas derivadas del escaso interés del Reino Unido y de Suecia por estar en el euro, cuando ya -después de los respectivos ingresos de Finlandia (14.10.96) e Italia (25.11.96) en el mecanismo de cambio del Sistema Monetario Europeo- sólo Grecia queda lejos de cumplir los criterios de convergencia de Maastricht que condicionarán la decisión del Consejo Europeo durante el primer semestre de 1998 para fijar los países que podrán estar en la primera oleada del euro. Considerando la situación económica internacional, la capacidad de la economía europea para actuar como locomotora resulta fundamental por su peso global similar al peso conjunto de los tres países de la Zona de Libre Comercio de América del Norte. A

“En 1996 toda una serie de interdependencias positivas y negativas entre las economías nacionales han tomado más fuerza que nunca”

este respecto es preciso señalar que -como es habitual- las economías asiáticas y de la zona Asia Pacífico han crecido más que el resto del mundo (8%) y que los países del África Subsahariana tampoco han crecido poco (5%). El comercio mundial, sin embargo, no ha podido crecer más que el 5% como consecuencia del mal momento de las economías europeas, del hecho que Japón está solamente ahora saliendo de su peor crisis desde el fin de la Segunda Guerra Mundial y que Estados Unidos ha sido el único en tirar un poco más de las importaciones de todo el mundo.

También es cierto que este balance de la economía internacional permite constatar que entre Estados Unidos y Europa ha habido una diferencia de ritmo de crecimiento que sólo va a corregirse ligeramente en 1997 pero que, en el seno de Europa, las diferencias son notables entre la Europa del Este y la del Oeste, y aun dentro de este último grupo en especial. En 1996 los mejores ritmos de desarrollo europeos han correspondido a Eslovaquia (5,5%), la Repú-

blica Checa (5,1%), Polonia, Albania y Croacia (5%) en los países del Este, y a Portugal (2,5%), Holanda (2,5%), Grecia (2,4%) y Reino Unido (2,3%) en Occidente, mientras que las peores situaciones se han registrado en Ucrania (-7%), Bielarrús (-5%), Bulgaria (-4%) y Rusia (-3%). Entre los países comunitarios, el crecimiento más bajo ha correspondido a Italia (0,8%), Francia (1,1%) y Alemania (1,4%) pese al programa paralelo de relanzamiento coyuntural puesto en marcha conjuntamente por los Gobiernos de Jacques Chirac y de Helmut Kohl a finales de enero de 1996. Entre los mayores países Rusia ha sido, por descontado, el que más ha defraudado las esperanzas que los analistas del FMI, el Banco Mundial y el Banco Europeo de la Reconstrucción y el Desarrollo (BERD) se habían forjado. El producto ruso ha caído a ritmos incluso más acusados que en 1995 y el FMI ha tenido bloqueadas durante meses las ayudas financieras prometidas a Moscú, en razón de las dudas políticas y el manejo de la política económica mostrado por el Kremlin. Un cierto gesto de Moscú de reconocimiento de su deuda histórica con ahorradores franceses no ha servido para hacer devolver la confianza en un país que tiene una deuda externa estimada, a finales de junio de 1996, en 125.000 millones de dólares.

Estos crecimientos lentos, asociados al alto nivel de desempleo en algunos de los grandes países europeos, se han traducido en tensiones sociales importantes. Alemania ha mantenido la situación bajo control por el Pacto Social por el empleo y la competitividad, firmado por Gobierno, sindicatos y patronal el 24 de enero de 1996, pero en Francia el Gobierno Juppé se ha visto sometido a tensiones que han debilitado el franco francés en los mercados de cambio y, con ello, han puesto en entredicho el valor de la divisa francesa en relación al marco alemán en una perspectiva de integración monetaria europea. La más grave de las crisis ha resultado, a este respecto, la huelga registrada en Grecia a unas pocas semanas de las elecciones que confirmaron a Simitis como jefe del Gobierno. Y la huelga de camioneros francesa de finales de noviembre no sólo sirvió para poner una vez más en jaque al Gobierno Juppé sino también para crear graves problemas al tráfico intraeuropeo. Algunas filiales españolas y portuguesas de empresas transnacionales alemanas, italianas y francesas, tuvieron que suspender su

producción por falta de piezas y componentes y muchas exportaciones de productos agrarios de Marruecos y del levante español o se perdieron al quedar los camiones frigoríficos sin combustible o se encontraron, al menos, con enormes problemas para llegar a sus mercados de destino en el centro de Europa. Respecto a los países pobres, y tras la generalización del mito de que gracias a la globalización de la economía mundial muchos de éstos podrán seguir la marcha de los países emergentes y de nueva industrialización, el norteamericano James Gustave Spett denunciaba recientemente en *Le Monde* (11.10.96) que un centenar de países presentaban hoy un producto por habitante más bajo que hace 15 años y que, por tanto, 1.600 millones de personas viven peor que a inicios de los ochenta. Según los estudios dados a conocer por Jacques Diouf, director general de la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura), en la Cumbre Mundial de la Alimentación (Roma, 13-17.10.96), son 800 millones los habitantes del planeta en situación de hambre.

El reflejo que este contexto macroeconómico ha tenido sobre las empresas es ambivalente. La falta de un crecimiento rápido de los mercados ha mantenido los ritmos de crecimiento del consumo a cifras bajas. Ello ha obligado a las empresas a esfuerzos de reestructuración para hacer frente a un mercado más limitado y, al mismo tiempo, con mucha mayor competencia como consecuencia de la baja demanda y, paralelamente, con la competencia creciente de los productos de los países emergentes cuyos salarios bajos y niveles de sindicación y respeto a las reglas de la Organización Internacional del Trabajo han sido objeto de viva discusión en el contexto de la Organización Mundial de Comercio (OMC) con la consabida petición de algunos países de llegar a definir la "cláusula social". En un contexto como éste, 1996 ha presenciado anuncios de fusiones mastodónticas, como la de las empresas suizas Ciba-Geigy y Sandoz (para dar paso a NOVARTIS), la de British Telecom y la norteamericana MCI Communications, y la de Boeing y Mac Donnell Douglas, con objeto de crear una sola empresa capaz de imponerse al consorcio europeo AIRBUS en la conquista de los mercados aeronáuticos internacionales. La ambivalencia ha venido, empero, del hecho que los bajos niveles de inflación y los bajos tipos de interés han presionado al alza

las cotizaciones bursátiles de las compañías creando una cierta euforia entre inversores. Hasta las señales ambivalentes dadas por la Reserva Federal norteamericana respecto a la necesidad, quizás, de corregir un poco al alza los tipos de interés norteamericanos para evitar la inflación, los índices de las Bolsas americanas y europeas no habían cesado de subir. El índice de Wall Street ha subido en 1996 casi un 30% cuando ya en 1993 había registrado un tirón del 33%.

La interacción Estados-empresas ha tenido en 1996 su propia dialéctica en torno a las cuestiones de la privatización y la liberalización de mercados públicos. De los viejos estereotipos, según los cuales cualquier gestión pública es peor que cualquier gestión privada, se ha pasado a nuevas ideas respecto al saneamiento y posterior privatización de empresas públicas, pero no tanto por razones de eficiencia comparada sino por la necesidad acuciante de reducir el déficit público e, incluso, por la perspectiva de utilizar los fondos obtenidos de la venta de las empresas públicas rentables para amortizar una parte de la deuda contraída por los Estados en las etapas de mayor desequilibrio de las finanzas públicas. En la discusión también ha estado presente, por descontado, la cuestión de las actitudes monopolistas o liberalizadoras en cuanto a servicios públicos y en cuanto a aplicación de las reglas de la Unión Europea y, eventualmente, de la OMC respecto a las prácticas restrictivas de la competencia. En relación a la cuestión Estados-empresas-pobreza, algunos organismos internacionales de desarrollo llaman la atención sobre el hecho que no puede mantenerse el mito de que el sector privado y el mercado constituyen la panacea a todo y que, en este sentido, no conviene caer en la ingenuidad de creer que la inversión privada puede conducir naturalmente a un mundo más equitativo sin pobreza ni desempleo.

La economía de las relaciones económicas internacionales

El balance descrito, moderadamente satisfactorio, sobre la evolución de las diferentes economías nacionales en 1996 se ha producido en un mundo globalizado en el que Internet y toda una serie de interdependencias positivas y negativas entre las economías nacionales han tomado más fuerza que nunca. Interdependencias las

hay, desde luego, positivas y negativas, tal como se pone continuamente de relieve cuando se oye lo que las grandes conferencias internacionales se esfuerzan en resaltar. Interdependencias positivas son, en principio, el comercio mundial en la medida que permite una mejor especialización del trabajo y una división de actividades mutuamente beneficiosa, el turismo sostenible, la ayuda internacional que no desincentive a los países receptores, las inversiones directas que permiten crear empleos y transferir tecnología y hasta el deporte, que con la celebración de los Juegos Olímpicos de Atlanta 96 y con la mundialización televisiva, se ha convertido en un auténtico servicio público internacional. Gracias a las facilidades de transporte y comunicación, las interdependencias negativas encuentran también un caldo de cultivo adecuado para su expansión. El tráfico de drogas, el blanqueo transnacional de dinero a través de centros financieros *off-shore* y de paraísos fiscales, el contagio a través de fronteras del SIDA (Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida) y otras enfermedades, el

comercio de alimentos no adaptados a la alimentación humana -carne de "vacas locas" u otros-, y hasta la contaminación medioambiental en sus diferentes formas, son ejemplos de estas interdependencias negativas cuya solución sólo puede venir de la acción coordinada de los Estados a través de acuerdos bilaterales o de la cooperación por medio de acuerdos y organismos multilaterales.

"Los cincuenta países más atrasados del mundo sólo reciben el 0,3% de los flujos de inversión internacional"

Las interdependencias positivas

El comercio internacional es, de todas estas manifestaciones de interdependencia, la que más tradición tiene y la que más sostenidamente ha ido creciendo desde que en 1947 se creara el sistema multilateral a través del Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT). Su crecimiento ha sido más rápido que el crecimiento de la producción mundial, lo cual ha desembocado en una internacionalización creciente de la economía. Pues bien, el comercio ha crecido, según la OMC, en un 5% durante 1996. Esta cifra es menor que el 7% que se había previsto al final de 1995 y menor que el 6% que ha representado el incremento anual promedio de los diez últimos años. Pero es

mayor que el crecimiento de la producción, suponiendo, por tanto, un nuevo incremento en la internacionalización de la economía de los diferentes países. El total del comercio mundial debe alcanzar con ello para 1996 una cifra próxima a los 6 billones de dólares, de los cuales más de 600.000 millones de dólares habrían sido exportados por Estados Unidos y algo menos por Alemania y Japón. España se situaría en la lista mundial de exportadores en la decimoquinta posición con una exportaciones de armas de 100.000 millones de dólares. A lo largo de 1996, y con la mirada puesta en la primera reunión ministerial de la OMC que se celebró en Singapur del 9 al 13 de diciembre, tuvo lugar un amplio debate sobre la cláusula social y sobre la división internacional del trabajo entre países con salarios altos y bajos y entre países con derechos sindicales y laborales y países carentes de ellos. Todos estos debates no se han cerrado en 1996 pero recibieron un impulso analítico en el Foro Económico Mundial celebrado en Davos en febrero de 1996, donde se debatió el tema del desempleo asociado a la liberalización comercial, y en la reunión del G-7 (Lille, 01-02.04.96) sobre temas de empleo antes de ser objeto de debate intenso ante la preparación de la reunión de la OMC.

La cuestión ha mostrado diferentes facetas. En su análisis sobre los costes salariales horarios en los principales países la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) y tomando para Estados Unidos un valor 100, el nivel alemán se situaría en 154, el francés en 97, el italiano en 96, el británico en 79, el japonés en 114, el español en 71 y el de los países emergentes de nueva industrialización en 35. Tomando esta cifra estática, todo nos mostraría una situación de desequilibrio muy acusada pero muchos analistas se fijan en que la dinámica salarial de los países es tan diferente que una parte de las condiciones de competencia en el comercio mundial se está corrigiendo por el cambio de actitud de los trabajadores de los países en desarrollo en relación a la situación de explotación a que anteriormente estaban sometidos. En este sentido cabe recordar que los niveles salariales de los nuevos países industrializados se han multiplicado por tres en los últimos años mientras que en los países desarrollados sólo han crecido entre el 30% y el 40% y en España el 50%. A finales de diciembre los trabajadores de una filial tailandesa de Sony provocaban un incen-

dio en protesta por sus condiciones de trabajo. A finales de noviembre la Confederación Internacional de Sindicatos Libres advertía de los peligros que entrañaba el hecho que Corea no cumpliera con los compromisos de liberalización, condiciones de trabajo y sindicalización, que adquirió al firmar su acuerdo de ingreso en la OCDE en octubre de 1996. Más o menos por idénticas fechas, en el Reino Unido y en Corea, se oían voces que decían que la adopción de medidas de protección laboral y social -derivadas, respectivamente para cada una de ellas, del capítulo social de Maastricht y de la sentencia del Tribunal Europeo de Justicia sobre las 48 horas semanales y de las condiciones de acceso de Seúl a la OCDE- pueden menoscabar la competitividad de sus respectivas economías y de sus exportaciones. Mientras tanto la patronal textil europea pone de relieve que el desmantelamiento progresivo del sector parece irreversible ante las perspectivas de competencia que se han creado con la decisión de la Ronda Uruguay de hacer desaparecer el Acuerdo Multifibras en diez años. La Comisión Europea dio luz verde, en diciembre de 1996, a un paquete de ayudas en favor de una inversión del grupo textil taiwanés Hualon que va a crear 1.800 puestos de trabajo en Irlanda del Norte; pero no se estima que este tipo de ayudas estatales puedan cambiar el futuro en Europa de un sector muy afectado por el impacto del comercio internacional.

En una sociedad postindustrial como la nuestra los servicios juegan un papel creciente en la internacionalización de la economía. Según las estimaciones de la OMC y de la UE, los intercambios de servicios en 1996 se han situado en los 2 billones de dólares y Estados Unidos habrá sido el primer exportador, seguido de Francia, Alemania e Italia. España figura, en esta lista, en la novena plaza gracias, sobre todo, a las fuertes entradas por concepto de turismo internacional. En relación al turismo, y según datos de la Organización Mundial de Turismo, el número de llegadas turísticas internacionales en 1996 se ha situado por encima de los 600 millones de turistas que han dejado unos ingresos turísticos internacionales superiores a los 40.000 millones de dólares. Los primeros receptores de turismo externo habrán sido, por este orden, Francia, España, Estados Unidos, Italia y China si bien Estados Unidos es el primer país en cuanto a ingresos y gastos por turismo externo.

Las inversiones internacionales son también una línea de incremento de la interdependencia entre los diferentes países. El último estudio al respecto, el de la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD), nos muestra que en 1995 se había llegado a un nivel récord de 315.000 millones de dólares, con un aumento espectacular del 40% respecto al año anterior y con unas perspectivas de incremento similar en 1996. Estados Unidos es el primer protagonista tanto de las inversiones internacionales activas como de las pasivas, habiendo recibido 60.000 millones de dólares e invertido 95.000. Toda Europa Occidental ha recibido 112.000 millones de dólares y los países en desarrollo 100.000, de los que el 65% ha ido a Asia, donde China -con 38.000 millones- es el primer receptor. La deslocalización y el cambio de composición del *mecano* industrial mundial han seguido campando a sus anchas, coadyuvando a la fuerte inversión internacional que ha marginalizado claramente a los países más pobres del planeta. De hecho -y esto es grave- los cincuenta países más atrasados del mundo sólo reciben el 0,3% de los flujos de inversión internacional, lo cual demuestra que no se puede pensar sólo en el sector privado para restablecer los equilibrios mundiales, puesto que el mercado -que sirve para muchas cosas- juega de forma adversa en casos como éste. Las ayudas concesionales son, en este ámbito, algo necesario para compensar la falta de atractivo que -a pesar de sus salarios bajos y su voluntarismo de atraer inversiones foráneas con incentivos ad hoc- tienen los países con mercado reducido respecto a las inversiones internacionales. La realidad de la ayuda internacional deja, sin embargo, mucho que desear y 1996 ha confirmado las tendencias a la reducción en las ayudas públicas que se han venido apuntando en los últimos años como consecuencia de la *fatiga* de los donantes. Dicha fatiga está asociada a los problemas de desempleo y empleo precario en la mayoría de los países ricos así como a los problemas presupuestarios que experimentan muchos de los Gobiernos, hasta hace poco, más activos en el terreno de la transferencia de recursos financieros a los países pobres a título de ayuda pública.

Todo ello ha hecho que, a pesar de las continuas campañas lanzadas por las Organizaciones no Gubernamentales de ciertos países en

favor de avanzar hacia el objetivo del 0,7%, el flujo de ayuda pública al desarrollo está prácticamente estancado al nivel de 70.000 millones de dólares desde principios de los noventa y que en este periodo lo único que ha experimentado un gran incremento ha sido el flujo de capitales privados hacia los países en desarrollo. Esto explica dos cosas: que sólo Suecia, Noruega y Dinamarca estén en este momento por encima del 0,7% entre los países miembros del Comité de Ayuda al Desarrollo de la OCDE y que los países en desarrollo sigan viendo aumentar año tras año el volumen global de su deuda externa, que ha pasado de un total acumulado de 1.365 billones de dólares en 1988 a 2.100 billones en 1996. Precisamente por esta preocupante realidad del incremento de la deuda externa de los países pobres, el G-7 (Grupo de los Siete) decidió en la XXIII Cumbre Económica Occidental (Lyon, 27-29.06.96) recomendar al FMI y al Banco Mundial que definieran, junto al Club de acreedores de París, una estrategia para reducir la deuda de los países más pobres y más fuertemente endeudados a unos niveles asumibles para la economía de dichos países. La decisión fue finalmente tomada el 28 de septiembre en vísperas de las reuniones anuales del FMI y Banco Mundial en Washington y podrá alcanzar al 80% de la deuda debida (contra el 67% acordado en el G-7 de Nápoles de junio de 1994). Los principales acreedores seguirán haciendo condonaciones -a este título- a través del Club de París y, siempre caso por caso, como ya lo hicieron en el pasado aunque a nivel inferior (Francia lleva condonados más de 4.000 millones de dólares de deuda, Estados Unidos 2.500, Alemania 2.000 y Japón 1.000). El FMI podrá asumir su parte en la cuestión asegurando la perennidad de su Facilidad de Ajuste Estructural Reforzada y mediante la optimización de la gestión de sus reservas. Esto, en la práctica, supone que podrán vender parte de sus reservas de oro (a lo que Alemania se oponía por laxismo) al precio actual de mercado consagrando sus plusvalías a este finalidad. El Banco Mundial, por su parte, podrá contribuir con hasta 2.000 millones de dólares a la operación; una nueva asignación

“Se estima que sólo el blanqueo del dinero de la droga suma 6 veces el volumen de la asistencia pública internacional al desarrollo”

que podrá alcanzar los 26.600 millones de Derechos Especiales de Giro (50.000 millones de dólares).

Las interdependencias negativas

Por lo que se refiere a las interdependencias negativas en la economía y la sociedad internacional, es evidente que la comunidad internacional se ha esforzado por seguir combatiéndolas a veces, esto sí, con más voluntad que acierto. La cuestión de salud más preocupante sigue siendo la del SIDA. El Banco Mundial da una cifra total de 21 millones de adultos y un millón de niños infectados a finales de 1996. De éstos, un 94% reside en países en desarrollo, aproximadamente el 60% vive en África Subsahariana y el 5,5% en el Sudeste Asiático. Aunque se han producido ciertas mejoras respecto a la lucha contra esta interdependencia mundial negativa, quedan todavía muchos recursos a consagrar para luchar contra esta enfermedad.

Aunque a otro nivel muy distinto, un caso de interdependencia comercial con efectos preocupantes -que ha generado una enorme psicosis a lo largo de 1996- ha sido el de las vacas locas británicas que, según declaraba el príncipe Carlos en una conferencia en Bruselas, responde a un castigo divino ya que los progresos de la técnica han creado la situación contranatura en la que las vacas, alimentadas antes con hierba, ahora se nutren de proteínas animales que nada tienen que ver con sus sistemas naturales de alimentación y engorde. Sea como sea, el caso de las “vacas locas” generó una enorme tensión en el seno de la Unión Europea. El Reino Unido mantuvo bloqueadas las decisiones que requerían unanimidad en el período inmediatamente anterior al Consejo Europeo de junio celebrado -bajo presidencia italiana- en Florencia. Aún a fines de 1996 existen muchas incógnitas respecto a los efectos de la carne de las “vacas locas” sobre los humanos.

Otra interdependencia negativa que ha generado la economía mundial, y que en 1996 ha visto nuevas iniciativas -sobre todo, cooperación EEUU-UE, Grupo de Dublín y Programa de las Naciones Unidas de Control de la Droga- es el tráfico de drogas, que no encuentra vías de solución al tiempo que la *Task Force* Multinacional de Acción no consigue impedir el paralelo tráfico ilícito de dinero negro en busca de blanqueo. Algunos cálculos indican que el comercio mun-

dial ilícito de drogas es superior a los 500.000 millones de dólares anuales, equivalentes a casi el 10% del comercio mundial lícito y con cifras muy por encima, pues, de las de importación y exportación de importantes mercancías en la esfera del comercio mundial, tales como el petróleo o los productos alimenticios y el tabaco combinados. El impacto económico y social de tal tráfico ilegal envenena, desincentiva y distorsiona la actividad económica legal tanto de las poblaciones de los países productores como de los consumidores y los de tránsito, y provoca además importantes perturbaciones en la esfera de la actividad, puesto que el dinero negro de la droga puede alterar los niveles relativos de precios y salarios en los mercados sin que, además, puedan encontrarse sustituciones fáciles. Se estima que el solo blanqueo del dinero de la droga corresponde a seis veces el volumen de la asistencia pública internacional al desarrollo. En determinados países latinoamericanos la droga representa del 2% al 20% del PIB (Producto Interior Bruto). En Colombia, por ejemplo, el dinero ilegal repatriado por los carteles de droga equivale a casi el 25% de los ingresos generados por la exportaciones legales y el cultivo ocupa a unas 300.000 familias que son, por cierto, las mismas que se dedican a la principal producción legal del país: el café. En Perú la droga representa el 11% del PIB, lo cual hace que este sector sea mayor que los tradicionales de la minería, la construcción, la generación eléctrica y la pesca.

En cuanto a la contaminación medioambiental, 1996 ha visto la celebración de una serie de conferencias asociadas al Plan de Acción -establecido por la Conferencia de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente y el Desarrollo (UNCED), celebrada en Río en 1992- y a su correspondiente Agenda 21, al tiempo que se ha seguido tratando de encauzar el fuerte proceso de deforestación que algunos países en desarrollo están llevando a cabo de la mano de empresas madereras irresponsables. Una vez acabadas las pruebas nucleares francesas en Mururoa, la cuestión de una eventual contaminación radioactiva ha girado únicamente en torno a la *salud* de las centrales nucleares de la antigua Unión Soviética y, fundamentalmente, la de Chernobyl. Este tema estuvo en la agenda de una reunión especial del G-7 (Moscú, 26 de abril) en donde existió un consenso que, sin embargo, no pudo abrir paso a

una opción nuclear militar cero, al fracasar la conferencia de desarme nuclear de Ginebra debido a la terquedad de la India (28 de junio). La cuestión nuclear ha de ser asociada, por descontado, al futuro de la energía y a la variabilidad de los precios del petróleo; ésta se ha producido a lo largo de 1996 según las negociaciones de las Naciones Unidas e Irak se iban calentando o enfriando en función del arreglo *Petróleo contra alimentos*, ideado para empezar a superar las consecuencias del embargo de exportaciones irakíes de petróleo, decretado tras la invasión de Kuwait por Saddam Husein en 1990. Las acciones de Saddam contra los kurdos y la virulenta reacción norteamericana (criticada por Francia y no por otros países comunitarios) hicieron que en ciertos momentos el precio del crudo alcanzara los 25 dólares el barril (21 de octubre), si bien luego el precio se ha ido manteniendo ligeramente por encima de los 20 dólares.

La gestión de la política económica

Las limitaciones de las políticas económicas ortodoxas

Si hace unos años las autoridades políticas nacionales disponían de amplios márgenes de maniobra para llevar a cabo una política económica autónoma, la realidad de 1996 ha vuelto a poner una vez más sobre el tapete la poca independencia de que gozan los Gobiernos para determinar -a corto, medio y largo plazo- el signo de sus respectivas economías. Esta realidad responde a cuatro hechos bien concretos: la inserción de los países en un mercado globalizado que es el que a menudo determina un escaso margen de acción para las políticas nacionales; la concertación internacional de políticas económicas que se hace precisa por la participación de los países en esquemas internacionales de coordinación o -incluso- en organismos internacionales que fijan pautas limitativas de comportamientos autónomos en materia de políticas económicas y comerciales; la realidad de la estructura económica internacional respecto a avances tecnológicos, situaciones demográficas y su correspondiente impacto en los regímenes de protección social, etc.; las decisiones de las macroempresas transnacionales respecto a la creación de nuevos puestos de trabajo, deslocalización de actividades, etc. Y esta limitación resulta aún

más evidente en los casos en que un país pertenece a un organismo de integración regional como ocurre, por ejemplo, con los países miembros de la Unión Europea. En este supuesto, muchas de las decisiones y orientaciones de la economía se adoptan por votaciones mayoritarias que someten, incluso, a los países que votaron en contra o se abstuvieron respecto a alguna norma a adoptar por la totalidad de la Unión. Dicho esto, hay que tener en cuenta además que, en su asamblea anual de finales de septiembre en Washington, el propio Comité Interino del FMI se atrevió a dictar una especie de código de buena conducta en pro de un crecimiento mundial sostenible y que cubre los once mandamientos siguientes:

- Las políticas monetarias, fiscales y estructurales son complementarias y deben reforzarse las unas con las otras.

- Deben evitarse los desequilibrios importantes para conseguir la estabilidad financiera y de los cambios.

- Debe crearse un entorno favorable al ahorro privado.

- Hay que reducir la inflación a partir de la credibilidad obtenida en materia de política monetaria.

- Hay que proseguir la liberalización del comercio mundial en el cuadro del sistema multilateral.

- Debe promoverse la convertibilidad de las monedas y la libre circulación de capitales.

- Las políticas presupuestarias deben adaptarse con la finalidad de conseguir, a medio plazo, el equilibrio de las finanzas públicas y la reducción del endeudamiento.

- Debe mejorarse la calidad de los gastos públicos reduciendo los gastos improductivos y realizando inversiones para el desarrollo de recursos humanos.

- Hay que llevar a cabo sólidas reformas estructurales con especial atención a los mercados de trabajo.

- Debe adoptarse una gestión sana del sector público, respetuosa de la ley y debe extremarse la lucha contra la corrupción.

- Hay que reforzar la vigilancia del sistema bancario para controlar los riesgos y luchar contra el blanqueo de dinero.

Resulta interesante constatar que estos principios definidos por los 24 ministros de los países miembros del Comité Interino del FMI van perfectamente en línea con los criterios establecidos por el Pacto de Estabilidad, definido en el Consejo Europeo de Dublín (13-14.12.96), y que deben aceptar los países que, cumpliendo los criterios de convergencia de Maastricht en el primer semestre de 1998, quieran integrarse en el euro. Estos principios son además, básicamente, los que incorporan la totalidad de los Programas de Ajuste Estructural definidos por el FMI y el Banco Mundial para los países que solicitan su asistencia.

Las políticas económicas nacionales

Dicho esto es forzoso destacar que, a lo largo de 1996, las políticas económicas de la mayoría de los países han ido por el claro y contradictorio camino de unas políticas fiscales restrictivas como consecuencia de la necesidad de reducir los déficits fiscales y una políticas monetarias expansivas en que los bajos niveles de inflación han propiciado que la Reserva Federal de EEUU, el Deutsche Bundesbank y la mayoría de los demás países se hayan apuntado a tipos de interés bajos y decrecientes. La relativa tranquilidad de los tipos de cambio entre las monedas ha permitido que no se tuvieran que aumentar los tipos de interés para obviar las salidas de capitales. Con ello se ha evitado, como ha pasado en otros años, que las consideraciones de equilibrio exterior de la economía dificultaran la adopción de políticas monetarias pertinentes para compensar las políticas fiscales restrictivas, tratando así de relanzar el crecimiento de las economías con el fin de intentar reabsorber los niveles de desempleo siempre excesivamente altos.

En políticas de mercado de trabajo y lucha contra el desempleo se han registrado muy pocos avances significativos puesto que ni el G-7 ni los grandes sindicatos internacionales ni los grandes organismos mundiales han sido hasta ahora capaces de diseñar recetas solventes, capaces de dar seguridades a los países que se decidieran a seguirlas. En políticas de liberalización exterior han sido muchísimos los países que han seguido batallando por aplicar las liberalizaciones dictadas desde la OMC y desde la OCDE en pro de una mayor y mejor globalización y ampliación de los intercambios de bienes y servicios. En políticas sectoriales, agrícolas e industriales, y a la espera de una mayor dureza respecto a la aplicación de normas

“1996 ha vuelto a poner sobre el tapete la poca independencia de que gozan los Gobiernos para determinar el signo de sus economías”

internacionales, la gran mayoría de países ha continuado con sus acciones en favor de regiones, empresas y sectores marginados, creando situaciones a veces bastante alejadas de lo que podría considerarse un mercado libre y perfecto.

Las políticas económicas internacionales

Las políticas económicas marcadas por la comunidad internacional han tenido un seguimiento dispar por parte de los países del sistema internacional. Ciertamente se han hecho reuniones y conferencias internacionales de contenido económico y también es verdad que se ha ido avanzando en el campo de la coordinación de muchas políticas económicas (G-7, OCDE, FMI, OMC, UE). Pero lo cierto es que existen muchas asimetrías entre los países de la comunidad internacional. El país menos cumplidor, a este respecto, ha sido EEUU por el simple hecho de estar adeudando a la Organización de las Naciones Unidas (ONU) un total de 1.500 millones de dólares, lo cual ha hecho imposible que Butros-Ghali (secretario saliente de ésta) pudiera acometer en el año siguiente las exigencias planteadas durante el cincuentenario de la ONU. Estados Unidos acaba, también, de abandonar las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial a cuyo presupuesto contribuía (como en el presupuesto general de la ONU) en un 25%.

Tanto en la esfera de la ONU, la UNCTAD y la UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura), y en el planteamiento de los debates y conclusiones de la II Conferencia sobre Asentamientos Humanos (Estambul, 3-14.06.96) y de la II Cumbre Mundial de la Alimentación (Roma, 13-17.11.96), todos los grandes donantes se han mostrado muy restrictivos respecto a la posibilidad de establecer gravosas agendas para el trabajo futuro en la promesa de aportaciones adicionales. Desde este punto de vista sólo cabe mencionar unas pocas excepciones: la cierta magnanimidad demostrada por los grandes países donantes para la duplicación del capital del BERD que vela por la transformación sistémica de los países del antiguo bloque comunista, la reconstitución de fondos de la Asociación Internacional de Desarrollo (la ventanilla blanda del Banco Mundial), la futura creación en El Cairo de un Banco de Desarrollo para el Mediterráneo y el Oriente Medio (aprobado en la conferencia económica

de El Cairo, del 12 al 14 de noviembre, continuación de las de 1994 de Casablanca y 1995 de Amman) y la condonación de deuda externa en favor de los países más pobres y más endeudados (asamblea anual FMI/ Banco Mundial de Washington a finales de septiembre).

Desde el punto de vista de la liberalización del comercio, los servicios y la tecnología, 1996 ha comportado avances tanto por la aplicación de los resultados de la Ronda Uruguay, firmados en el Acta de Marrakech (15.04.94), como por la voluntad de los 128 miembros de la OMC de ir dando velocidad de cruce a la nueva organización internacional que crearon y que el 1 de enero de 1997 llega a su segundo año de vida. Desde el punto de vista de la política económica internacional, la cuestión probablemente más notable, registrada a lo largo de 1996, es el denodado esfuerzo de la mayoría de los Estados miembros de la UE por ajustar la evolución de sus magnitudes macroeconómicas -sobre todo, déficit público e inflación- a los requisitos de convergencia establecidos en el Tratado de la Unión Europea firmado en Maastricht y que establece las condiciones de convergencia a cumplir por los países aspirantes a acceder a la moneda europea única, el euro. Una vez constatada la imposibilidad de que pueda entrar en vigor el 1 de enero de 1997 (Consejo Europeo de Dublín, 13-14.12.96), la moneda única será una realidad contable el 1 de enero de 1999 y una realidad con tangible circulación de billetes euro, que van a desplazar la circulación de billetes representativos de las hasta entonces monedas nacionales, a partir del 2002. El enorme esfuerzo con el que Italia ha debido afrontar su reintegración al mecanismo de cambios del Sistema Monetario Europeo (25.11.96) y la determinación con que Finlandia se ha integrado en él (14 noviembre) son testimonio de que, pese al escepticismo británico y sueco respecto a la moneda única europea, ésta avanza a pasos agigantados. El ingreso de Corea, Hungría y Polonia en la OCDE, comprometiéndose a cumplir con las normas de política económica que suponen sus códigos de liberalización, y el sometimiento de Rusia a las condiciones del FMI para poder acceder a sus recursos financieros son, en este sentido, buena muestra de la enorme dependencia de las políticas económicas nacionales respecto a la *sabiduría convencional* en boga en la comunidad internacional.

CRECIMIENTO DE LA ECONOMÍA MUNDIAL SEGÚN EL FMI

	PIB real		Tasas anuales de variación Inflación		Tasa desempleo	
	1996	1997	1996	1997	1996	1997
PAÍSES INDUSTRIALIZADOS	2,3	2,5	2,3	2,4	7,8	7,6
G-7	2,2	2,5	2,2	2,3	7,0	6,9
EEUU	2,4	2,3	2,8	3,8	5,6	5,6
JAPÓN	3,5	2,7	0,2	1,3	3,5	3,4
ALEMANIA	1,3	2,4	1,6	1,7	10,3	10,0
FRANCIA	1,3	2,4	2,1	1,6	12,4	12,1
ITALIA	1,1	2,2	3,9	3,0	12,2	11,5
REINO UNIDO	2,2	3,0	2,7	2,4	7,7	7,3
CANADA	1,4	3,2	1,5	2,0	9,6	9,4
OTROS PAÍSES	2,3	2,6	2,7	2,7	11,7	11,4
ESPAÑA	2,2	2,9	3,4	3,1	22,6	21,8
PAÍSES BAJOS	2,2	2,5	2,5	2,9	8,2	7,9
SUECIA	1,6	2,0	1,6	2,3	7,7	6,9
DINAMARCA	1,9	2,5	1,6	1,9	8,9	8,9
GRECIA	2,5	2,7	8,4	6,6	9,3	9,2
PORTUGAL	2,3	2,8	3,3	3,0	7,4	7,4
LUXEMBURGO	3,0	3,5	1,8	2,0	2,8	2,8